

24/11/1955

Llevar el Teatro a la Calle Para el Pueblo

por Sebastián Salazar Bondy

En el último número de la revista "Visión" se da cuenta de los experimentos realizados en Filadelfia y México para despertar en el pueblo el gusto y la afición al teatro. En uno y otro caso el éxito de las representaciones dramáticas al aire libre ha demostrado que el instinto escénico del hombre común, del hombre llamado de la calle, despierta admirablemente al conjuro de la actuación, así sea ésta la de una difícil pieza del teatro clásico. A los escépticos de este sistema de educación artística se pueden ofrecer los magníficos resultados que la prueba ha rendido aún en poblaciones donde el nivel cultural era más bien bajo. Un actor del Teatro Popular del Instituto Nacional de la Juventud Mexicana ha declarado al respecto: "Es algo que emociona y que a veces pone un nudo en la garganta ver cómo esa gente de pueblo se compenetra con la obra. Da gusto actuar ante ese público y por eso hacemos todo lo que podemos para no quedar mal". Una fotografía, en la cual se ven chiquillos encaramados en un poste del alumbrado público atendiendo a lo que ocurre en el escenario, ilustra convenientemente la nota de "Visión" que hace referencia a este experimento teatral.

Entre nosotros, la Escuela Nacional de Arte Escénico ha llevado a cabo una labor semejante. Durante su temporada de verano, esta institución ha presentado en el Auditorium del Campo de Marte, ante varios miles de espectadores, algunas obras de su repertorio, y en todos los casos ese público ha seguido la acción con verdadero interés, inclusive en ocasiones en que el drama puesto en escena requiera una inteligencia sutil para captar detalles del diálogo sumamente complejos. Tanto en el caso de Filadelfia y México, donde este trabajo ha sido realizado dentro de un plan sistemático, cuanto en Lima, donde no se ha puesto en marcha de un modo pertinaz, ha quedado demostrado que, sin mengua de que se mantengan temporadas en las salas cerradas y para auditorios exigentes y preparados, es necesario que el teatro salga a la calle a buscar al pueblo.

Teatro: Reflexión y Conducta

¿Por qué el teatro en la calle? Ninguna de las artes tiene como la de la escena una tan decisiva y profunda influencia en el pensamiento individual y colectivo. En el tablado se plantean problemas vivos, problemas tanto de conciencia cuanto de carácter social, y su resonancia posterior a la representación se trasunta en reflexión y, a la postre, en conducta. El buen teatro plantea siempre situaciones paradigmáticas: resume en un suceso una serie de cuestiones ejemplares y las resuelve en un sentido u otro. El espectador, a pesar de la temporal enajenación que sufre mientras participa de la representación, se mantiene libre y, cualquiera que sea la actitud que el dramaturgo haya adoptado ante el conflicto, elige un punto de vista y lo justifica mediante su propio raciocinio. En una palabra, el teatro hace pensar. Y pensar —nadie lo negará— es lo que quisiéramos que hicieran frecuentemente todos los hombres.

El teatro de sala —sea ella grande o pequeña— tiene un inconveniente para el espectador popular: posee todo un ceremonial. Se trata de una reunión, y en toda reunión, aunque entre una y otra persona no se produzca una comunicación directa, se ejerce cierta vigilancia recíproca. Cuentan mucho el vestido, las actitudes, el comportamiento, es decir, la situación de cada cual dentro de la escala social. Un hombre de pueblo teme la censura de los demás por sus modales o su apariencia, y prefiere no sufrir esa cohibición. Las salas, excepto las improvisadas que últimamente están siendo usadas por los grupos experimenta-

les, han sido construídas con un prolijo y contra-productente ánimo discriminatorio: esto es también un obstáculo para convocar a las masas. La división de las localidades en palcos, plateas, galerías y cazuelas puede traducirse, en lenguaje clasista, en lugares para ricos, menos ricos, pobres y muy pobres. La vanidad humana —que alguien decía que era más aguda precisamente en los más humildes— no soporta esta tajante selección. El ciudadano corriente se resiste a ocupar el sitio que la sociedad le ha reservado y, en consecuencia, prefiere estar ausente del teatro.

Una Reserva de Espiritualidad

Aunque hay gentes tan insensibles y obtusas que todavía, entre nosotros, niegan la importancia formativa que tiene el arte, la historia demuestra que el teatro es un instrumento muy poderoso de persuasión colectiva. Baste decir, en abono de este aserto, que por algo las dictaduras, especialmente las totalitarias, han mostrado un frenético interés en ponerlo a su servicio dictándole normas y directivas muy precisas y fomentándolo por medio de una largueza económica realmente sorprendente. Y aunque este sesgo dado al arte dramático —el sesgo publicitario, que lo transforma en vehículo de un programa político— redundante a la postre en la muerte de lo artístico, el ejemplo es bastante significativo en lo referente a su eficacia como vehículo educativo. En los pueblos libres, de otra parte, el arte escénico merece el apoyo del Estado, pues los gobernantes cultos saben que por intermedio de él se fortalecen las convicciones democráticas y se crean para ellas bases muy firmes y profundas.

De ahí que para el Perú la experiencia de Estados Unidos y México sea aleccionadora. Si el Ministerio de Educación Pública, como rama de su Dirección de Educación Artística y Extensión Cultural, posee una sección destinada al apoyo del arte dramático, ninguna manera mejor que ésta de llevar el teatro a todos. Si en vez de la triste Compañía Nacional de Comedia, se organiza un plan serio para hacer en plazas y parques breves temporadas de teatro popular, con repertorio escogido, bajo la dirección de técnicos jóvenes y responsables, la finalidad de ese departamento ministerial se cumplirá de una manera más provechosa y fructífera. De nada vale poner en escena obras de tan escasa calidad como "La barca sin pescador" de Casona o "La Compradora" de Passeur, con un gasto que no ha de rendir ninguna utilidad cultural, sólo con el fin de que la vean aquellos a los cuales, por diversas vías, llegan entradas de oficio, pues el pueblo queda al margen de ello. Así se derrocha el dinero únicamente con el objeto de cumplir con una obligación presupuestal, no para invertir la partida destinada al teatro del mejor modo. En Lima funcionan coliseos y carpas —exactamente iguales, por otro lado, a la de Filadelfia que "Visión" elogia— que bien podrían ser empleados en la labor de sentido popular a la cual aludimos aquí. El público de esos locales acude allí con entusiasmo, y nadie que haya concurrido a ellos duda de que un conjunto de piezas dramáticas adecuadas puede ser acogido con idéntico espíritu por esa masa anhelante de espectáculo y dispuesta, por su sencillez y pureza, a asimilar lentamente las mejores enseñanzas. La multitud no puede ser despreciada. Entre nosotros ha dado algunas pruebas de buena voluntad, que son un índice de la reserva de espiritualidad que en ella está acumulada. El teatro en la calle puede convertir esa materia inerte en una fuerza cultural esplendorosa. Todo el secreto radica en saber cómo acudir al pueblo y cómo, ante él, alcanzar su generoso corazón.